

## LA GUERRA SIN LIMITES

Hay en la guerra, y en la organización militar, principios permanentes (1) que derivan de la esencia misma de la naturaleza humana; pero, en lo radicalmente histórico de su ser social, la guerra se adapta a lo que es cada sociedad (2).

(1) Por supuesto que este problema no nos interesa directamente y queda a los técnicos en su integridad. Pero es un hecho notable la permanencia de los principios básicos en la trilogía clásica de la Estrategia (o «arte de plantear y aprovechar las batallas y las campañas»), la Táctica (o «arte de dirigir las tropas en la batalla») y la Logística (o «arte de mover y acuartelar las tropas»; siquiera esta rama tiende a ser sustituida por el concepto más amplio de «administración militar»).

Así, JOHSTONE ha podido decir que la ciencia militar de todos los tiempos se reduce a este principio: asegurar la totalidad de la fuerza para una batalla decisiva («The foundation of Strategy»). JOMINI consideraba básicos estos principios: 1.º Colocar el grueso en los puntos vitales y atacar las comunicaciones del enemigo sin comprometer las propias. 2.º Atacar con el grueso propio a fuerzas inferiores. 3.º Dirigir el grueso al punto decisivo; y 4.º Manejar las fuerzas de modo dinámico y combinado. Para el Mariscal Foch, en su clásico *Des principes de la Guerre*, eran éstos: 1.º Economía de las fuerzas. 2.º Libertad de acción. 3.º Libertad de disposición de las fuerzas; y 4.º Seguridad. CYRIL FALLS, en un librito muy condensado e interesante (*El arte de la Guerra*, traducción española, México, S. A.), distingue los principios y los elementos (o características) de la guerra. Son los primeros: a) Concentración, o economía de las fuerzas. b) Protección. c) Sorpresa. d) Reconocimiento agresivo; y e) Mantenimiento del objetivo (op. cit., pág. 27). Figuran entre los elementos: a) El elemento moral. b) El elemento del azar. c) El rogamiento. d) La «niebla de guerra»; y e) La fuerza decreciente de la ofensiva (op. cit., pág. 28). Por su parte, LITTLE HART ha podido estudiar la constante superioridad del «ataque indirecto» o «orden oblicuo», etc.

(2) Ver STANISLAS ANDRZEJEWSKI, en su obra ya citada: *Military Organization and Society*, 1954; R. G. ALBION: *Introduction to Military History*, Nueva York, 1929; E. M. EARLE: *Makers of Modern Strategy, Military thought from Machiavelli to Hitler*, Princeton, 1943; CYRIL FALLS: *A hundred years of War*, Nueva York, 1954; G. B. TURNER (y

Pues bien: la guerra ha sido llevada en nuestras sociedades a un proceso de constante *totalización* que ha repercutido en la *totalitarización* de la misma sociedad y del Estado. Examinemos este proceso, verdaderamente espectacular.

El siglo XVIII había realizado un grado notable de *limitación de la guerra* (3), en el cual confluyeron una serie de elementos favorables. Por una parte, la tradición cristiana, que hizo a Vitoria y a Suárez elaborar una Teología y un Derecho de la guerra; por otra, las tendencias humanitarias de la Ilustración; por otra parte, el carácter mismo de la política del Antiguo Régimen, que no deseaba convulsiones sociales, sino cabalmente evitarlas con la sabiduría en la construcción de un bien equilibrado *orden europeo* (4). Las guerras de gabinete de los viejos Príncipes absolutos, cuyo prototipo es la Guerra de Sucesión de Baviera (en la que prácticamente no se tiró un tiro), eran prototipo de moderación. «En la diplomacia y en la guerra se conocían solamente objetivos limitados; se luchaba por plazas fuertes o por provincias; todavía no había aparecido la lucha despiadada por el derecho de existencia de naciones enteras, y menos aún por determinadas corrientes ideológicas o conceptos sociales, rayanos en el fanatismo, que trajo consigo el siglo XX» (5).

A finales de siglo, las cosas cambian (6). La Guerra de la Inde-

---

otros): *A History of Military Affairs in Western Society since the XVIII Century*, Nueva York, 1953; STAMPS y EXPÓSITO: *A Military History of World War II*, 2 vols., Nueva York, 1953.

(3) BAKER ha observado, acertadamente, que el Monarca absoluto propendía a ser belicoso; pero como su Ejército no era nacional, era limitado en volumen. En cambio, una «polity» ciudadana de tendencias pacíficas propende a crear un Ejército nacional, «el pueblo en armas», la «levé en masse». De este modo, la democratización moderna, sin dejar de exaltar el «ideal pacifista», ha creado con todas sus consecuencias los mayores ejércitos de todos los tiempos.

(4) Todavía deberían enumerarse otros así: el carácter nobiliario de los mandos y el profesional de los soldados (las luchas de ejércitos populares, como los suizos o los soldados napoleónicos, han sido siempre más cruentas), etc.

(5) GOERLITZ: *El Estado Mayor alemán*, Barcelona, 1954, pág. 16.

(6) Como ocurre siempre en la Historia, el fenómeno venía preparándose desde atrás. La doctrina inglesa de la guerra marítima, en la que se combate sin distinción contra todo «alien enemy» y sus propiedades, es un antecedente claro de la guerra total. Es muy curioso que hoy, en cambio, todos los escritores militares ingleses (FULLER, CRYL FALLS,

pendencia de los Estados Unidos fué la primera guerra contemporánea, en la que apuntan no pocos de los elementos de la *guerra total*. Como suele ocurrir, su sentido escapó a la mayoría de los protagonistas, hasta el punto de que Washington contrató al prusiano Von Steuben para que enseñase a sus milicias la ya anticuada táctica lineal, a la federica. Pero lo cierto es que aquella guerra, como sus gemelas (aún más violentas) las guerras de emancipación hispanoamericanas (la «guerra a muerte» de Bolívar), fué una guerra *ideológica* (con su correlato: la *propaganda*), una guerra *ilimitada* (como la guerra contra los indios de la pradera) y una guerra *democrática*, o sea de masas. Por eso el *tory*, el americano no revolucionario, fué liquidado o hubo de emigrar al Canadá.

La Revolución francesa dió el paso decisivo, no sin que Lafayette y otros voluntarios aportasen la lección americana. Todavía el Reglamento militar de 1791 recuerda mucho el del viejo ejército real; pero en 1792 se inicia la «revolución militar», con el abandono del orden lineal y la aparición de los tiradores en orden disperso, cuya acción era completada con el choque ejecutado por masas compactas. Carnot llevará la «levée en masse» hasta las últimas consecuencias, y Bonaparte traerá la apoteosis de la *artillería*, más el resplandor de su genio.

No era sólo un fenómeno político: era el orto de la revolución industrial (7), el que, con su progreso técnico y la producción en masa, hacía posible el ejército de masas, la «Nación en armas» (8).

---

LIDDELL HART) defienden la *limitación* de la guerra porque saben que las islas no podrían resistir una guerra termonuclear.

Otro antecedente es el prusiano, donde la pequeñez del Estado y la imprecisión de sus fronteras fueron compensadas por el alto grado de *movilización*. Pero, a su vez, RANKE, analizando este fenómeno de la «gran potencia», es decir, del Estado capaz de resistir contra todos los demás, incluso coaligados (como hizo Prusia en la Guerra de los Siete Años, e Inglaterra al sublevarse las colonias norteamericanas), señalan que todas ellas (Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia) tomaron como modelo al Estado francés de Richelieu y Luis XIV, cuya supremacía «descansaba en la superioridad de sus fuerzas armadas».

(7) Aunque también a Napoleón se le escapó el último sentido de los acontecimientos, y, v. gr., desechó el invento que el propio Fulton le ofreció, de la navegación a vapor (que le hubiera permitido vencer a Inglaterra).

(8) Equiparar a un soldado de la «Grande Armée», aún computando a cada granadero su alicuota de artillería, tren de ingenieros, etc., era ya mucho más barato que el arnés de un caballero medieval.

Ya no hubo límites al crecimiento de los Ejércitos (9): las masas representaban una carne de cañón mucho más barata, y desde el punto de vista numérico se hallan disponibles en cantidad mucho mayor que los mercenarios, reclutados con dificultades y obligados por fuerza (10). Y, a su vez, los demás Estados europeos, buscando el modo de resistir a Napoleón, hubieron de organizar también *ejércitos de masa*. Blücher implora a los reformadores prusianos: «Conseguidnos un Ejército nacional». Scharnhorst en esa búsqueda llegó a pensar en que los soldados eligiesen a sus oficiales. La obra se logró, y la victoria fué Leipzig. Pero se disparó un proceso que había de liquidar todo el Antiguo Régimen, de modo aún más seguro que las invasiones napoleónicas para los imperios de Austria y Rusia, el ejército de masas no podía significar más que el suicidio (11).

Al mismo tiempo que el *Ejército de masas* cuyo símbolo más perfecto es el «soldado desconocido», frente a los héroes homéricos o a los caballeros andantes —va a aparecer bien pronto el *ejército de máquinas*, que va a llevar aún más lejos la deshumanización de la guerra y su totalización.

Si ya Napoleón observó que la guerra depende del armamento, y que en función de él la táctica debe cambiarse cada diez años, y el general Grant afirmó que «la guerra es progresiva»; el general Weygand, refiriéndose a la primera guerra mundial, habló de la «tiranía del material» (12) hasta que Fuller, en nuestros mismos

---

(9) Y, consiguientemente, de la «proporción de participación militar».

(10) GOERLITZ, op. cit., pág. 20. Se ha dicho que los comisarios del Rey Sargento, y la policía de Napoleón, eran auténticos cazadores de hombres para la recluta. Inglaterra conservó hasta bastante entrado el siglo XIX la «prensa» para el reclutamiento de su flota.

Para las Cortes de Cádiz, el servicio militar era «una gravosa contribución personal»: pero, en la lógica del Estado democrático, era una consecuencia ineludible de la ciudadanía.

(11) Ver RICHARD D. CHALENER: *The French theory of the Nation in Arms*, Londres, 1955.

(12) En su *Histoire de l'Armée française*, pág. 386. Weygand recuerda que, en el curso de la Guerra de 1914-1919, la infantería se redujo del 67 por 100 al 43 por 100 del total de las fuerzas combatientes, mientras la artillería pasaba del 16 por 100 al 26 por 100; los ingenieros, del 36 por 100 al 74 por 100, y el arma aérea, del 0,2 por 100 al 3,3 por 100. Por otra parte, el 12 por 100 del total de los movilizados pasó a la retaguardia, sobre todo a aumentar la población industrial.

días, ha podido dar por sentado que el armamento es el 90 por 100 de la guerra, y todos los demás elementos, incluso el moral, sólo el 10 por 100 restante (13). Y Falls sostiene que hoy «la mayor parte de la *Ciencia* de la guerra pertenece a la esfera técnico-material» (14).

El general Fuller ha señalado cómo la revolución industrial ha potenciado la superioridad del armamento sobre los mismos hombres que lo manejan, sobre todo a partir de lo que llama la «Edad del Petróleo» (15). La proporción de lo gastado en medios de destrucción es fabulosa; impresiona lo que nuestras sociedades hubieran podido *capitalizar* para fines pacíficos, a la vez que el indudable progreso tecnológico que ha permitido la investigación militar. Lo cierto es que, en un primer momento, el fusil cargado por la recámara, y la ametralladora, eliminaron a la caballería, e hicieron alejarse a la artillería, con lo cual se llegó a la tediosa guerra de trincheras, desapareciendo la movilidad y la maniobra con la consiguiente decadencia del arte de la guerra; pero en un segundo momento, la *mecanización* de la guerra terrestre, que ha traído a ésta una «movilidad naval»; y la aparición de la guerra aérea (16), han permitido el planteamiento de una *guerra absoluta*, como antes no se podía soñar, hasta la total *liquidación del adversario* (17). Por otra parte, la primera guerra mundial demostró ya que esta nueva manera de hacer la guerra exigía un amplio desarrollo y control de

---

(13) J. F. C. FULLER: *Armament and History. A study of the influence of Armament on History*, Londres, 1946. El autor afirma la progresiva eliminación del elemento humano, lo mismo en lo físico que en lo moral, concentrándose en cambio en el predominio de lo intelectual.

(14) Op. cit., pág. 41.

(15) «El armamento es el producto más notable de la Edad del Petróleo. Jamás había el hombre inclinado de modo tan pendiente su voluntad hacia la destrucción» (FULLER, op. cit., pág. 163).

(16) Ver ASHER LEE: *Air Power*, Londres, 1955.

(17) Se da el curioso fenómeno de que la mecanización y la coraza han reducido las bajas en el combate, al reducir el número de hombres por arma eficaz; por tanto, ahorrar *energía humana de combate*. Pero si FULLER pudo decir, después del primer combate de tanques, en 1916, que «el que va al combate en traje de lana es un loco» (parafraseando el comentario de Sir John Hay, después del combate del «Monitor» con el «Merrimac» en 1862: «El que va al combate con un navío de madera es un insensato, y el que lo ordena es un miserable»), no se han logrado las mismas posibilidades de defensa, para la población en general, frente a los bombardeos aéreos.

la *tecnología*, así como la *autosuficiencia* económica, y un alto grado de *disciplina* nacional. También por este lado la guerra total atrae, como un imán, al Estado totalitario.

El progreso del armamento permitió, en un principio, a Europa completar el dominio del mundo. En el largo período de paz que sigue a la guerra franco-prusiana, el fusil de retrocarga y la alambrada hicieron de nuevo posible lo que el caballo y el arcabuz permitieron a nuestros conquistadores en Indias. Después, cuando los pueblos de Europa volvieron las armas unos contra otros, liquidando las *amity lines*, desapareció el predominio de los pueblos civilizados, la guerra se hizo en un mundo empedregado, a la escala terráquea, con armas ultramodernas y con mentalidad de primitivos. El resultado es el que todos conocemos.

Todos estos elementos han confluído para lo que Otto de Habsburgo llama la «transformación de la naturaleza misma de la guerra, y de la mayoría de las reglas fundamentales de la vida del guerrero» (18). La guerra deja de ser *limitada*, y la profesión militar, antes una profesión noble, prolongación de la *diplomacia*, se convierte en un mecanismo de destrucción total del enemigo; sin distinción de combatientes o inocentes. La guerra *ideológica* introduce al comisario político, y a la propaganda que presenta al enemigo como criminal y monstruoso (19); aparecen los juicios de *criminales de guerra* (20), la tremenda doctrina de la *responsabilidad colectiva* (21); la desastrosa política de la rendición sin condiciones. Las matanzas espantosas de nuestros días, a la verdad, no

(18) «El Ejército en el Estado moderno», en *Mundo Hispánico*, número 80, 1954.

(19) Ver una bibliografía, con más de cien títulos, en *Psychological Warfare in support of military operations*, 1931 (publicado por el Departamento de Estado de los EE. UU.).

(20) Que tiene un doble planteamiento: En el plano internacional se pregunta: ¿quién es el agresor injusto?, ¿quién ha hecho la guerra de modo ilícito? En el plano interno, el nuevo régimen pregunta: ¿quién hizo una guerra *equivocada e inoportuna*?, ¿quién perdió la guerra, por incompetencia, cobardía, etc.? Es obvio añadir que lo uno y lo otro sólo se plantea respecto a los *vencidos*.

(21) Lógica consecuencia del resurgimiento del concepto de *guerra primitiva*, con todas sus consecuencias. Ver BRIGH HULA: «The revival of the idea of primitive war», en *Thought*, vol. XXI, 1946. Los americanos hicieron su última guerra como una «cruzada en Europa», o como «operación de policía» (se habló de «police bombing»).

se explican sólo por el poderío de los armamentos; ha sido precisa una *revolución moral* para que los hombres se hayan decidido a usarlos, unos contra otros, en tal medida. Eso explica, a su vez, la decadencia del espíritu militar en países que, como Francia, tenían una gran tradición bélica, mezcla de sentimientos de frustración y de apartamiento moral de estos desastres intencionalmente provocados.

La guerra, decimos, se ha hecho *total*. ¿Qué quiere decir esto? Ya lo hemos visto: en primer lugar, el empleo de medios tales como el «bombardeo de saturación» de ciudades abiertas; de proyectiles incendiarios de fósforo o «napalm», que barren ciudades enteras, de explosivos nucleares, etc. Hay, pues, un aspecto que deriva de la «revolución en el arte de guerrear», producida por el progreso tecnológico. Como observa Lidell Hart (22), la combinación de *armas con máxima capacidad de destrucción*, con los *propósitos de guerra ilimitados* (la devastación de la economía enemiga, en rendición incondicional, la *debellatio* que lo elimine del mapa político o, incluso, la pura y simple exterminación, destrucción total o *genocidio*), producen como consecuencia lógica la guerra total.

Pero con razón ha subrayado el internacionalista Joseph Kunz (23) la importancia del segundo aspecto, de índole *moral*: «Las armas, aunque terribles, aunque sean de máxima destrucción, no son en sí mismas más que instrumentos muertos, todo depende de los hombres que la usan» (24). Lo decisivo, pues, para la *guerra total* es que ésta se hace «en términos ideológicos». La guerra, como «esfuerzo colectivo máximo», necesita una *justificación*, sin lo cual es tremendamente desmoralizadora. Esta justificación se busca o se inventa, naturalmente, a costa del adversario (25), la *propaganda de guerra*, atribuye al enemigo todas las *atrocidades* y *bajezas*. En tiempo de guerra, verdad y justicia se convierten en traición: la «Rendición de Breda» deja paso a la «no confraternización».

En un tercer momento, advertimos la raíz del fenómeno en la *secularización* de la vida moderna: no se ve un semejante, un

(22) *The Revolution in warfare*, New Haven, 1947.

(23) KUNZ: *La problemática actual de las leyes de la guerra*. Valladolid, 1955.

(24) KUNZ, op. cit., pág. 31.

(25) La más típica es la calificación de *agresor*: «le crime de l'attaque» es hoy la más grave de las acusaciones.

prójimo, sino sólo un *enemigo* (26). «En un mundo en que el materialismo reina así en las mentes de los hombres como en las fábricas, habrá una guerra de máquinas, sin límites ni escrúpulos como hoy día» (27). La consecuencia es la progresiva falta de respeto al Derecho de la guerra, a los monumentos artísticos, al honor, etc. De este modo, «en la guerra total, el tránsito de la *guerra sin declarar* a la *guerra declarada* implica solamente el paso de una fase preordenada a la siguiente» (28), es decir, que de la *guerra total* se pasa a la *guerra absoluta*, sin límites, y de ésta a la *guerra permanente*, en forma caliente o fría (29). Los pueblos han de tener en todo momento tensas sus redes de *radar*, y en posición de disparo sus cohetes o «missiles» (30), dispuestos al primer golpe, o a lo menos a la «*massive retaliation*». Es más, cabe suponer que en tales circunstancias, «ninguna nación lanzada a una guerra consentirá que su enemigo pueda poner tranquilamente en marcha su organización de guerra» (31). Surge así la guerra sin declaración previa, como en Pearl Harbour, y el gravísimo concepto de «guerra preventiva», que, a su vez, no tiene límites previsible, y desemboca en el de «guerras en cadena» (32). En nuestro mundo bélico, zonas enteras se cierran como las viejas plazas fuertes, tras sus *telones* (de acero, de bambú o de nylon); se re-

---

(26) Las luchas *entre cristianos* siempre fueron más suaves que las demás, salvo en el período llamado de las *guerras de religión*, en las que, cabalmente, unos cristianos empezaron a tratar a otros como si no lo fueran.

VEALE, en su *Advance to Barbarism* (1953), distingue las *guerras primarias* de las *secundarias*. Las primeras, realizadas entre pueblos de distinto nivel de civilización, son más duras y despiadadas. Esta tesis (transportando el acento de la civilización a la moral) es la misma de ALVARO D'ORS.

(27) CYRIL FALLS, op. cit., pág. 8.

(28) FALLS, op. cit., pág. 19.

(29) Anótese que la *guerra fría*, que es una *guerra civil* internacional permanente, lleva a toda guerra los honores de la guerra civil.

(30) Los últimos modelos americanos, como el ICBM y el «Navaho» recorren 5.000 millas en treinta minutos, y su «cabeza de guerra», con explosivo nuclear, puede destruir una gran ciudad y luego barrer una región entera con su nube radioactiva.

(31) METZSCH, en *La Guerra Moderna* (obra colectiva, edit. por Montaner y Simón, Barcelona, 1942), pág. 26.

(32) Ver el libro de RAYMOND ARON: *Les guerres en chaîne*, 1951.

fuerzan con marcas o glasis, como Estados *satélites*, con vastos planes de ayuda económico-militar, cadenas de bases, etc.

Llega un momento en el que casi no se sabe ni para qué se pelea. La guerra total desborda sus propias fórmulas: «a la falta de límite en las fuerzas desencadenadas corresponde el oscurecimiento de sus fines políticos» (33). En realidad, los gobernantes han perdido el control de la guerra *ilimitada e irracional* de nuestro tiempo; por eso no hay modo de terminarla, de ponerle fin, de *concluir la paz*. Por eso, terminadas las hostilidades con la derrota del ejército enemigo, sigue la obsesión de *ocupar* su territorio por tiempo indefinido, de *desmantelar* su industria; de *inspeccionar* sus armamentos; de imponerle *reparaciones* a largo plazo; de *retener* sus *prisioneros*; de imponerle un régimen político artificial que lo debilite, etc. La guerra ya no tiene por fin la paz, sino el *vacío*, por la destrucción total del enemigo. Pero entonces surge la absurda sorpresa: el vacío de Alemania crea un peligro mayor, el de Rusia; el de Japón el tremendo de China. Y se vuelve a empezar.

Hasta el más pequeño detalle revela esta creciente totalización de la guerra. Por una parte, del lado interior, todos se vuelven *combatientes*: «la naturaleza de la guerra moderna atenúa, si es que no borra por completo, la distinción entre las tropas combatientes y los servicios auxiliares» (34); hoy sólo los servicios médicos podrían considerarse no combatientes, mientras las mujeres visten el uniforme. Por eso, «la Nación en guerra tiende a ofrecer cierta semejanza con un hormiguero, y cuanto más se acerque a este modelo, más eficaz será su acción» (35). Vamos, en efecto, en camino de convertirnos en hormigueros permanentes, condenados, a su vez, a los mayores desastres, de suerte que «si no logramos dominar la fuerza de la guerra, ésta puede terminar por

---

(33) CH. DE VISSCHER: «Théories et réalités», en *Droit International Public*, París, 1953, pág. 352.

(34) C. FALLS, op. cit., pág. 76.

(35) C. FALLS, op. cit., pág. 161. «No obstante —añade el autor— nunca puede llegar al modelo ideal». Hay algo, en efecto, que frena el llevar el principio de la *guerra total* hasta sus últimas consecuencias: por eso queda esperanza. Sobre esto se ha de volver *infra* (ver «Final: una mirada hacia el futuro»).

sumir en el caos al mundo entero; a tal grado ha llegado su poder disgregador (36).

Desde el lado enemigo, la cosa presenta el reverso lógico de la medalla: no se hace distinción, todos son culpables. Por eso, el *trato a los súbditos enemigos* ha acusado tan tremenda regresión en los últimos tiempos. Suprimida toda distinción entre *combatientes* y *no combatientes* (37), viene el *internamiento* o concentración de los enemigos que residen (tal vez desde generaciones) en el país; la confiscación de sus bienes (38); el bloqueo de sus fondos, las «listas negras»; los bombardeos y ametrallamiento de los civiles, etc. (39).

En el plano propiamente militar, ya aludimos a la importancia creciente del *material*, que da ventaja al atacante, ante el problema del raído envejecimiento de las armas, mientras que quien intente estar a la defensiva, si no acumula bastante, estará desarmado y si lo hace, pronto lo tendrá inútil. Los *especialistas*, cada vez más necesarios, sin distinción entre los civiles y los mi-

---

(36) C. FALLS, op. cit., pág. 26.

(37) A su vez, ya nadie renuncia a defenderse contra el invasor, y la guerra partisana, o de guerrillas, está prevista ya desde tiempo de paz. Esto plantea problemas muy graves al Derecho de la guerra, que estaba montado sobre el militar encuadrado y uniformado. Ver H. BRANDWEINER: «Das Partisanen problem und die Genfer Konventionen von 12. August, 1949», en *Revistische Blätter*, año LXXII, núm. 11, págs. 261 y siguientes. Viena, 1950.

(38) Ver ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS: «La incautación de bienes privados y la cuestión del individuo como sujeto de Derecho internacional», en *Revista de Derecho Internacional*, vol. III, 1950, núm. 3, págs. 867 y siguientes, donde se discute a fondo «la enorme anomalía, y no menor injusticia, que supone el trato acordado en la trasguerra a los particulares alemanes, cuyos bienes han sido ocupados, expropiados y a veces confiscados, incluso en los países neutrales, en virtud de una pretendida solidaridad de responsabilidad con el III Reich» (pág. 868); y la «monstruosa doctrina de la responsabilidad colectiva», que da a la persona, en lo internacional, el «derecho de ser víctima» (pág. 869).

(39) El concepto de *enemigo*, además, se ha embrollado mucho: la *nacionalidad* ha dejado de ser un criterio exclusivo, y se matiza con aspectos raciales, ideológicos, etc. La novela *La hora 25* ha tratado bien este asunto.

Ver, sobre la «ciudadanía ideológica», GERHARD LEIBHOLZ: «Die Völkerrechtliche Stellung der Refugees im Kriege. Eine Betrachtung der britischen Internierung politik während der letzten Krieges», en *Archiv des Völkerrechts*, Tubinga, vol. II (1949), cuaderno 2, págs. 129 y sigs.

litares, llevan a un tipo determinado de enseñanza puramente técnica, con descuido de la formación moral. La *movilización* económica empuja las sociedades tecnológicas de hoy hacia colosales esfuerzos de *planificación*, más no para la paz, sino para la guerra misma; y también aquí aparece la prima al atacante, que elige el día 0 y la hora H, aparte de que nuestras sociedades, con su población y su economía concentradas, son muy *capaces* para el ataque y muy vulnerables a él. La enormidad de los *efectivos movilizados* crea problemas tremendos: es bien sabido que «todos los grandes ejércitos de ocupación son desastrosos», pues «estrangulan al conquistado y desmoralizan y hacen odioso al conquistador» (40). Tampoco se sabe qué hacer con las inmensas masas de *personas desplazadas* (41); los prisioneros son exterminados, física o moralmente (42), en los siniestros *campos de concentración*.

Tales, entre otras, son las apocalípticas perspectivas de la *guerra total* de nuestros días: en las cuales a una «injusta guerra total» puede seguir además una más injusta «postguerra total» (43) que desemboque en nuevos y más grandes conflictos. Cosa lógica, pues los conflictos presentes no versan sobre *algo*, que por lo menos pueda hacerlos episódicos; sino que lo abarcan todo, y por lo mismo, como observa Bertrand de Jouvenel, son crónicos.

MANUEL FRAGA IRIBARNE

---

(40) FRANCESCA M. WILSON: *Aftermath*, Londres, 1947, pág. 67.

(41) Después de la segunda Guerra Mundial hasta el 31 de marzo de 1947 iban repatriadas más de siete millones, sólo en Europa Central.

(42) «Por medio de años de trato brutal, la muerte de sus parientes, el miedo constante a la muerte, todo lo que era humano en ellos les había sido arrebatado» (F. M. WILSON: *Aftermath*, pág. 41).

(43) Ver. F. DE LASALA SAMPER: *La injusta guerra total*, Zaragoza, 1949.

